

CON MARTIN RECUERDA SOBRE «EL ENGAÑO»

Con José Martín Recuerda hemos tenido casualmente la oportunidad de celebrar una entrevista, circunstancia que aprovechamos para aclarar ciertos extremos en torno al estreno en el teatro Español de su comedia dramática «El engaño».

—¿Qué te ha parecido la versión?

—La versión de Jaime Chávarri es una de tantas que la obra pueda tener. Yo respeto las versiones que hacen los demás de mis obras. Esta queda bien. Hay escenas realmente bellísimas. Claro que yo hubiera dirigido la obra de otra manera: sacando a primer término el sentido directo y hasta brutal que es —creo yo— donde reside la singularidad de mi teatro. Jaime ha puesto especial énfasis en signos que se desprenden de un texto en donde el tema está desarrollado con absoluta claridad; es decir, en el subtexto. No obstante, repito, es una lectura válida y enriquecedora la que Jaime Chávarri hace de mi obra. A esto hay que añadir la obligada duración de las obras de teatro en España, por lo que ha habido que hacer grandes cortes en el manuscrito.

—¿Qué versión requería la obra?

—La que está en el manuscrito, afortunadamente publicado en estos días en Ediciones Cátedra, donde el lector podrá hacer su parangón. Claro está que, hoy por hoy, esta versión no es posible en España. Mi obra requería ser montada en un teatro no a la italiana, en donde el pueblo irredento de la España de todos los tiempos se debate en espacios ilimitados, juzgando en su acción la posible pasividad del personaje-espectador. Lo que no es posible en este sentido de teatro total que tienen mis últimas obras es situar a los personajes en el cajón del teatro a la italiana y someterlos a una acción benaventura. Más aún si tenemos en cuenta que mis personajes no se pronuncian por la fuerza dialéctica del razonamiento, sino que su expresión verbal es el último grito o recurso a que acuden en su acción; expresión, por tanto, totalmente de acuerdo con la realidad dramática. Alguien ha dicho —por primera vez en mi carrera de dramaturgo— que esta obra —mi mejor obra, por poco sentido crítico que se tenga— tiene un lenguaje prosaico: así es si por prosaico se entiende el no haber bebido en las fuentes de la floja poesía dramática de nuestras más célebres mediocridades y de las que algunos polifacéticos genios de nuestra crítica tienen hecho acopio.

—¿Qué te han parecido las reacciones del público?

—Inmejorables. Cuando tenemos esta entrevista, en la semana del estreno, se ha puesto el cartel de no hay localidades cuatro veces. Esto desde hace muchos años no ocurría en el teatro Español. El público grita «bravos» a los actores y las ovaciones son aterradoras. Y es que el público se da perfecta cuenta de lo que encierra la obra: sobre la denuncia al Imperio, sobre nuestra ruina económica, sobre los impedimentos de la Iglesia católica a un redentor, a un revolucionario radical lleno de aliento humano y no de «hábito de santidad»; su santidad es algo que la Iglesia capitaliza «a posteriori»; sobre la muerte de este redentor rodeado de acreedores por haber querido salvar a los españoles de la miseria y de la injusticia.

—¿Y respecto a la crítica?

—En primer lugar creo que no ha sido sincera: no se me ha perdonado ganar el premio



El dramaturgo José Martín Recuerda, delante de la fachada del teatro Español, donde se representa su obra «El engaño»

Lope de Vega dos veces; además hay que tener en cuenta que muchos de los críticos guardan en su mesilla de noche obras de teatro presentadas y no premiadas con dicho premio (teatro de guardarropía, claro está, muy «literario» y «razonable»). En segundo

lugar quiero dejar claro que, a pesar de la crisis y penuria del teatro español, sin embargo, está muy por encima de la general mediocridad de su crítica. Claro que me refiero a la crítica de la Prensa diaria. Así me explico que cada vez se vendan menos periódicos en España. ¿Vamos los españoles a comprar una Prensa de pacotilla y caciquista que anda siempre tocándose su propio ombligo, con lealtades cambiantes como molinillos de viento, salvo raras excepciones? Cuando estrené mi obra *Las arrecogidas* los críticos echaron las campanas al vuelo y en sus ilimitadas alabanzas dijeron casi tantos disparates como han dicho ahora en su dolido rechazo de *El engaño*. Está claro: *Las arrecogidas* es un canto de libertad que coincidió en la escena española con la inauguración de la democracia y todo el mundo se precipitaba a asegurar el posible mendrugo de pan; en cambio, *El engaño* toca en la raíz misma de nuestra historia imperial y ruinoso, desmitificando la ideología oficial impuesta a nuestro pueblo desde el siglo XV hasta nuestros días; ideología que, en estos últimos tiempos, parece ganar enteros, volviendo las antiguas chaquetas a su debida (?) postura, considerando enemigo público a aquel que pretenda amargar la continuidad de cuarenta años de buenas digestiones o, en el mejor de los casos, no pertenezca a la cacicada neoliberal, europeísta y pánfila que en la mediocridad foránea quieren ver nuestro modelo a seguir.

—¿Qué suerte correrá ahora «El engaño»?

—De momento seguir el tiempo reglamentario en la programación del teatro Español. Además ya se está haciendo su traducción al inglés y alemán; traducción que ha ordenado la agencia teatral alemana que desde el pasado año se ocupa en exclusiva de mis obras fuera de España y países de habla española.

Angel LABORDA



Amelia de la Torre y Antonio Iranzo, en una escena de «El engaño», premio Lope de Vega en 1975, basada en la figura y la vida de San Juan de Dios

Sanz Bermejo